

Anna Souto, Joaquín Maioli, Emilia Laplacette, Abril Katcheroff, Lucía Bak, Malena Garbarini, Emma Fastman, Delfina Slavinsky y Mía Romano.

El 9 de julio de 1816 se proclamó la independencia argentina, concluyendo así el proceso revolucionario iniciado en mayo de 1810. Es a partir de este nuevo panorama político que se construye y consolida un Estado republicano libre, distinto a las viejas instituciones coloniales (la Independencia significó también el quiebre definitivo del sistema monárquico y los vínculos de subordinación a España que éste conllevaba).

En este marco político de la primera década revolucionaria, las fiestas cívicas eran, en palabras de la autora María Lía Munilla Lacasa, en su libro *Celebrar y Gobernar* “un instrumento pedagógico altamente persuasivo”. Es decir, cumplieron un rol fundamental a la hora de consolidar un ideal de pertenencia a la nación y a la patria y en esa época de la Revolución de Mayo y la Declaración de la Independencia, fomentaron la identificación de la sociedad con esa nueva realidad política. Las celebraciones debían, por ello, contar con un “despliegue escenográfico” en el cual se expresara el sentimiento de formación de la patria nueva frente al pasado colonial. Las fiestas cívicas contribuyeron así a la edificación de una nueva épica nacional que reforzaba el patriotismo popular, un sentimiento de lealtad y pertenencia al naciente país.

Asimismo, estos espacios festivos actuaron como herramientas políticas de enseñanza y formación ciudadana, adoptadas por las élites dirigentes para transmitir novedosas ideas, valores y ritos que cosechaban una amplia aprobación política y legitimaban los posteriores gobiernos. Esta estrategia se encarnó en diversas y fugaces manifestaciones artísticas públicas, emblemas del deseo colectivo de libertad e independencia.

Puesto que solamente una minoría privilegiada de la sociedad estaba alfabetizada, las representaciones alegóricas del poder adquirían una inmensa influencia. Las conmemoraciones cívicas contenían múltiples elementos simbólicos y funcionaban como un dispositivo de difusión del cuerpo ideológico patriótico. Las ideas se expresaban implícitamente mediante símbolos que las representaban. El objetivo era incluir, representar a toda la nación, sin importar las diferencias; y para esto debían evitarse los discursos escritos (ilegibles para la mayoría de la población). Por esto, la gran mayoría de las celebraciones utilizaron un lenguaje simbólico, tomaron personajes de la mitología griega y les otorgaron un valor pedagógico, de manera tal de representar esos objetivos y metas del proceso revolucionario.

Se pueden ver tres momentos claves en las celebraciones: un primer momento, apenas producida la Revolución de Mayo, los primeros dos aniversarios de la Revolución, en 1811 y 1812, con unas fiestas mayas donde había un gran entusiasmo popular y grandes gastos para las celebraciones. Un segundo momento, de 1813 a 1820, donde se tornan más austeras, en el marco de las incesantes luchas políticas y las guerras revolucionarias (pero donde, aun así, estas fiestas cívicas continuaron siendo un constructor de la incipiente identidad nacional); y finalmente, un tercer momento a partir de 1820.

En las celebraciones, el Cabildo de Buenos Aires se encargaba de coordinar los festejos y sus miembros elegían integrantes para que organicen las fiestas, y esto hacía que las celebraciones sean un escenario privilegiado del poder. Al principio, el Cabildo acordó erigir una pirámide “figurada”, con jeroglíficos alusivos al asunto de la celebridad, pero al contar con poco dinero, se decidió hacer 1 sola inscripción, que decía “25 de mayo de 1810”, representando la idea de igualdad en esa sociedad jerárquica, y hacer la pirámide más pequeña. A través de estas celebraciones, las autoridades

procuraban instaurar una noción de igualdad e integración de todas las clases sociales (y no sólo aquellas que participaban activamente en la política), que se contraponía a la organización social colonial profundamente jerárquica y estratificada. Queda muy claro así que estas celebraciones tenían como objetivo transmitir ese “sentimiento de pertenencia”, clave para el desarrollo de las guerras revolucionarias y luego de la Nación recién formada. Es también por una cuestión pragmática que la causa revolucionaria incorporó a las clases bajas: el ejército demandaba brazos para pelear.

En 1816, una vez obtenida la independencia de España de las Provincias Unidas de la América del Sud en Tucumán, se planificaron grandes celebraciones para su proclamación y jura en la ciudad de Buenos Aires. Originalmente pensadas para el 30 de agosto y 1° de septiembre de ese año, tuvieron que suspenderse por una intensa tormenta de Santa Rosa que azotó la ciudad, y los festejos se postergaron para el 13 y 14 de septiembre. En los testimonios que analiza la autora del libro, los cronistas de la época prestan atención al detalle de que la fecha coincidió con la celebración de Sitwa Raymi, la fiesta principal inca. En la Plaza de la Victoria (actual Plaza de Mayo), se decoró el Cabildo de celeste y blanco, con un sitial en el centro hecho de terciopelo y decorado en oro, y bajo el arco principal se repartieron tarjetas de poesía festiva, mientras que la pirámide de Mayo fue adornada con bastidores de jaspe verde. Además, se dispusieron en la Plaza estatuas de Marte (Ares), Mercurio (Hermes), Minerva (Atenea) y Amaltea (Cabra) y figuras alegóricas a las cuatro partes del mundo: América, Europa, Asia y África. La autora teoriza que la presencia de Marte se justifica como el surgimiento de una nación emancipada que se rebela contra la metrópoli española y que planea adquirir una grandeza comparable al Imperio Romano. Mercurio se presenta con la intención de un buen augurio económico, representando a los viajeros y comerciantes. Minerva representa la instrucción e intelectualidad de la nación, única vía para la

libertad y el crecimiento y Amaltea representa la protección de los hijos de la patria. Todo esto es presenciado por las 4 partes del mundo, de ahí su representación con las figuras simbólicas. Además, las celebraciones tuvieron referencias a la cultura clásica en los barrios del norte, con grandes danzas y desfiles de 22 niños. En este baile, se honraba a la Fama, encarnada en un niño. En contraste, en los barrios del sur, se hicieron festividades honrando a América, representada por otro niño y acompañado de una comitiva de otros 18, “como los del Perú”, según el cronista, que portaban arcos. Se honraron allí figuras alegóricas de la industria y la buena labor con animales como la abeja, el castor o la hormiga, (representación que remite a la clasificación de Aristóteles de los animales): algunas de estas criaturas son gregarias, y se someten a un gobernante, así como parecieron hacerlo los indígenas y toda América, frente al gobierno que acababa de declarar su Independencia.

Las celebraciones se realizaron con las órdenes de gastar lo necesario, pero se aclaró también que no se derroche, puesto que había escasez de fondos públicos. Sin embargo, a pesar de la austeridad de la celebración, el cronista declaró que ni al soberano del reino más poderoso se le jura como se lo hizo en Buenos Aires a la independencia. Es que las fiestas eran asunto de toda la comunidad: se sustentaban también por donaciones voluntarias de los patriotas y vecinos, acto que expresaba el civismo y la identificación con el nuevo poder.

Las fiestas cívicas han marcado la agenda desde la primera década revolucionaria. Las celebraciones han sido el instrumento para lograr objetivos políticos y, al mismo tiempo, han sido el espejo de las condiciones en las que estaba la sociedad argentina. Pero siempre expresaron la épica de la nación que nacía y el deseo colectivo de libertad e independencia.